

Loas a San Benito

José María Hercilla Trilla



PREGÓN "SAN BENITO" 2002

Jose María Hercilla Trilla

Interrogatorios
de la Real Audiencia en 1790
sobre San Benito

Proyecto "Sambenito"

Loas a San Benito

José María Hercilla Trilla

... ASÍ EMPEZARON LAS LOAS

A mi ya me han presentado,
y ahora presento yo.

¡Oh, glorioso San Benito,
por ti, «to»!

Pueblo de Cañaverál,
presento al nuevo «loero»
José María Hercilla Trilla,
a quién yo apodo «El Querelo».

Es trovador de su loa,
poeta de cuerpo entero;
hay miel en su poesía...
y no por ser colmenero.

Escuchad la loa suya
con religioso silencio
y ya veréis la armonía
y el vigor que hay en sus versos.

Es alto y tiene bigote,
y a las muchachas del pueblo,
como un nuevo Gary Cooper,
me las trae en candelero.

Colmenas tiene en El Arco,
y, poeta colmenero,
donde le falta un enjambre,
pone un enjambre de versos.

Así que os digo, mujeres
y hombres cañaveráliegos:
Ante ustedes, Pepe Hercilla,
a quién yo llamo «El Querelo».



Cañaverál, 1953
Emigdio Plasencia

Justificación

En mi pueblo, Cañaverál (Cáceres), se celebraba entonces, y supongo que se sigue celebrando, y ello desde tiempo inmemorial y con gran asistencia de devotos, la Fiesta y Romería de San Benito con una serie de actos religiosos y profanos.

Entre los primeros estaba la Santa Misa, mañanera y solemne, dedicada al Santo, con sermón incluido, en el que no faltaba la cita del «ORA ET LABORA», lema de la Orden a la que el Santo pertenecía, todo ello a cargo -entonces- del bondadoso e inolvidable Párroco Don Benito, de tan grata memoria, con quién tuve el honor -durante un curso- de compartir docencia en la Academia fundada y dirigida por mi querido y añorado Don Rafael Plasencia Lancho, para estudiantes de bachiller.

Por la tarde, en un prado que existe a la salida de la villa, a la derecha bajando y en dirección a Cáceres, junto a la carretera y a un pequeño puente que salva la vía férrea, se celebraba la Romería del Santo, que previamente había sido llevado en solemne Procesión desde la Iglesia, Romería a la que acudían vecinos y foráneos, a participar en, -o contemplar simplemente-, la fiesta y sus atracciones. El buen tiempo primaveral solía acompañar el festejo, y la tarde transcurría veloz y agradable para todos.

Al caer la tarde, a «una hora prudencial», (que decía Don Benito cuando alguna beata le preguntaba por la hora de misa), se volvía desde el Prado en Procesión para tornar el Santo a la Iglesia, ante cuya puerta lateral y antes de entrarle en ella, se celebraba la subasta de los brazos, cuyos rematantes gozaban del honor de soportar el peso del Santo en su reintegro al templo.

Como acto profano, -que nunca profanador, no obstante el jolgorio que lo acompañaba-, se destacaba el momento de la «LOA», esperada con expectación por todos los romeros, y que paso a evocar.

Antes de la subasta, -con el Santo en puertas-, existía la costumbre de que una vecina de la villa, desde el balcón del primer piso de una casita frontera a la Iglesia, dijera una «loa» a San Benito, inspirada en temas locales y de actualidad, que era muy aplaudida por los asistentes.

La «loera» había venido siendo en los últimos años una vecina apodada «La Querela», que se había hecho célebre por su ingenio..., y sobre todo por su falta de memoria, lo que daba lugar a unas «loas» interrumpidas por sorprendentes cortes o rectificaciones, que provocaban sonoras risas entre los asistentes.

No sé si por haberse agudizado esa «desmemoria querelina», o «quereliana», o por causas desconocidas o ya olvidadas por mí, pero lo cierto es que La Loera dejó de cumplir con su cita anual ante el Santo, para homenaje a éste y regocijo del público.

En una de esas Romerías, ante la prevista ausencia de «loera» oficial, en una reunión de amigos, surgió la idea

de que yo podría sustituirla -aunque fuese inmerecidamente-, a fin de no romper con una tradición secular.

A tal efecto, subimos al balcón Don Felipe Plasencia, Emigdio Plasencia y quién esto escribe. Felipe, que era hombre de palabra fluida, instruido, -y además excelente persona-, se dirigió en prosa a los asistentes, explicándonos nuestra intención de proseguir con las «loas», que serían hechas y dichas por mí, presentándonos a ambos, a Emigdio y mí. A continuación, Emigdio, -entonces mozo solterón y oficial de Correos-, también con facilidad para el verso, hizo la presentación del nuevo «loero», el nuevo «Querelo», como él decía, que intentaría sustituir a la insustituible e inolvidable «Querela», de tan frágil memoria como grato recuerdo. Inmediatamente después, una vez aplaudido Emigdio, recité mi primera «loa» a San Benito. Era en 1953.

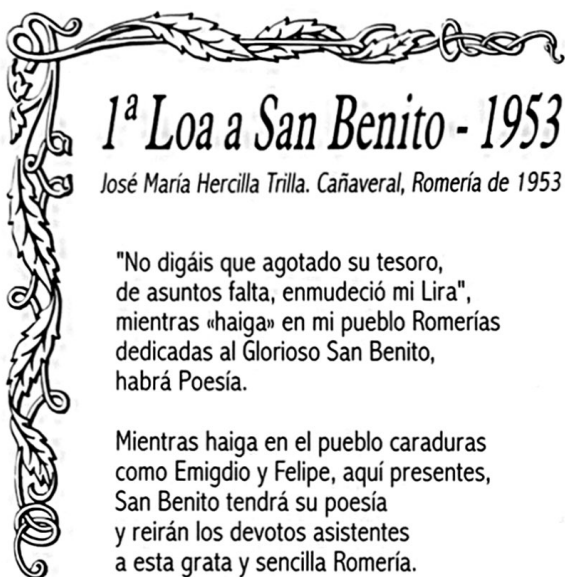
Por razones que no hacen al caso, (tuve que marcharme de Cañaverál y residir en otros pagos), estuve ausente en los siguientes años de 1954 y 1955, sin poder asistir a las Romerías de San Benito, como hubiera sido mi deseo.

Pero en 1956 tuve la suerte y oportunidad de ir a la Romería, invitado por sus Mayordomos, Don Pedro Plasencia Lancho, Farmacéutico de Cañaverál, y su esposa Doña Vicenta Plasencia Mora, matrimonio queridísimo, al que considero tan cercano a mí como si parientes consanguíneos fuesen. Como no podía ser por menos, tuve el placer de decirle otra «loa» al Santo. Como era de justicia, no pude olvidar en ella al que entonces era Alcalde de Cañaverál, Sixto Salas, esposo de Leonor Ariza, «mis vecinos de enfrente» durante los años que viví en Cañaverál, a los que mucho quise y de quiénes recibí tantas atenciones y pruebas de afecto.

Finalmente, en 1957, recién casado yo, volví a ser invitado a la Romería de San Benito. En esta ocasión los Mayordomos eran un conjunto de chicas y chicos, que habiendo tenido un accidente el año anterior, habían salido ilesos del percance, y mostraban su agradecimiento al Santo mediador que les había salvado la vida, -o por lo menos la integridad física-, sacándoles incólumes del percance. En la «loa» se hace mención expresa del «milagro», con citación de los veinte jóvenes «milagrados».

Esas han sido las tres «loas» que, hace casi mil años, dediqué al Glorioso San Benito. No he vuelto a ninguna Romería, pero a pesar del tiempo transcurrido, -casi cuarenta años-, me complace decir que todos los años, por esas fechas, recuerdo con nostalgia aquella Romería de San Benito, aquel balcón frente al Santo, aquel Párroco que llevaba su mismo y santo nombre y que -como es común creencia en quiénes le conocimos- también era santo, aquellos amigos queridos e inolvidables, paisanos míos, aquellos años idos..., imi pueblo, ...y mi pérdida juventud.!

Loas a San Benito



1ª Loa a San Benito - 1953

José María Hercilla Trilla. Cañaveral, Romería de 1953

"No digáis que agotado su tesoro,
de asuntos falta, enmudeció mi Lira",
mientras «haiga» en mi pueblo Romerías
dedicadas al Glorioso San Benito,
habrá Poesía.

Mientras haiga en el pueblo caraduras
como Emigdio y Felipe, aquí presentes,
San Benito tendrá su poesía
y reirán los devotos asistentes
a esta grata y sencilla Romería.

Protege San Benito a estos señores,
y casa de una vez a Don Emigdio.
San Benito, Patrón de labradores,
cásale de una vez: Yo te lo «pigdio».

San Benito, San Benito,
aquí te vengo a loar;
si me ayudas, con tu gracia,
verás que hermoso cantar.

Santa Escolástica, hermana
del Glorioso San Benito,
dame fuerza en esta empresa
de loar a tu hermanito.

La talla que aquí se adora,
de artista desconocido,
es valiosa a nuestros ojos
de amante pueblo sencillo.

Eres TU, de entre los Santos,
nuestro Santo preferido,
porque eres un Santo humilde,
protector de nuestros trigos.

Este pueblo que te adora,
las gracias te quiere dar,
¡oh, Glorioso San Benito!,
por estar ya libre el pan.

Y nosotros, oh glorioso,
sabemos que has sido TU,
quien ha mandado las aguas
«pa» que haiga trigo y luz.

Con tu ayuda intercedida
ante Dios Nuestro Señor,
la vida se va arreglando
y se come sin ración.

Protege nuestros olivos,
nuestros campos y sembrados,
para que el aceite cuaje
igual que el trigo ha granado.

Oh, Glorioso San Benito,
alarga la primavera;
que salgan muchos enjambres
y se llenen las colmenas.

No te olvides de rogar
ante Dios Nuestro Señor
para que bajen las telas
de lana, seda, algodón.

Y mira a ver si es posible
que también baje el calzado,
que quién se compra unas botas
casi se queda arruinado.

Y protégenos a todos
los que en el pueblo vivimos,
para vivir como hermanos,
siempre en paz y siempre unidos.

Vela por todos nosotros,
por los pobres y los ricos,
por los jóvenes y ancianos,
por los grandes y los chicos.

Protege a los Mayordomos,
estos chicos decididos,
que sin tener dos reales,
tus servidores han sido.

Ellos hacen lo que pueden;
han hecho lo que han podido.
¡Es tanto lo que te adoran,
oh, Glorioso San Benito!

A Don Antonio Pavón,
nuestro insigne Presidente,
oh, Glorioso San Benito,
tenlo en tu gracia presente.

El es muy buena persona;
de todos es buen amigo.
¡Protéjele, San Benito,
pues eres caritativo!

A nuestro Párroco amado,
tu tocayo Don Benito,
dale mil años de vida.
¡De corazón te lo pido!

Todos lo felicitamos.
Yo, aprovecho la ocasión,
y también lo felicito
subido en este balcón.

Y protege a La Querela,
insigne recitadora,
con tan grande voluntad,
como pequeña memoria.

Mira a ver si le concedes
que se acuerde de las loas,
y que no le pase más
lo de siempre, que se corta.

Y volvamos con el Santo,
que nos espera impaciente
por ver el fervor piadoso
de todas aquestas gentes.

Ya los veo discutiendo,
tal vez a grito pelado,
para introducir al Santo
en la Iglesia de aquí al lado.

Uno se atreve y le grita
con voz ronca y gutural:
¡Doy por la pierna derecha
dos pesetas y un real!

Otro piadoso devoto
le contesta enardecido:
¡Doy un duro por la pierna,
que lo tengo prometido!

Y así, entre pugnas y gritos
de sus devotos, el Santo
se encamina hacia la Iglesia,
avanzando paso a paso.

Qué momento tan sublime,
de tan profunda emoción:
¡Ya ha llegado San Benito
hasta el mismito portón!

¿Qué pasa que retrocede?
¿Porqué lo vuelven atrás?
Es que otros muchos devotos
ofrecen ya mucho más.

Y otra vez avanza el Santo,
y retrocede otra vez.
Y así una vez, y otra, y otra,
y sabe Dios si hasta diez.

Y así, pujando, pujando,
por fin lo logran entrar.
Gracias a Dios, San Benito,
que te dejan descansar.

Adiós, oh, glorioso Santo.
¡Adiós! El año que viene
volveremos a loarte
si Dios y Tú así lo quieres.

Loas a San Benito

2ª Loa a San Benito - 1956

José María Hercilla Trilla. Cañaveral, Romería de 1956

¡Oh, San Benito glorioso!
A loarte aquí he llegado,
lleno de amor a tu fiesta,
como el año antepasado.

Aunque ya soy forastero
de este mi pueblo añorado,
no olvido a sus buenas gentes,
ni a su Iglesia, ni a sus Santos.

Y entre todos, San Benito,
el más veces recordado
eres TU, mi Santo humilde,
y por eso más amado.

Dichoso TU que aquí moras,
en este pueblo serrano
donde viven mis amigos
y al mismo tiempo paisanos.

Oh, Glorioso San Benito,
mi Cañaveral amado
te respeta y te venera
y te suplica tu amparo.

Eres Santo labrador,
centinela de estos campos;
por Dios, que no llueva más,
que ya están bien empapados.

Pide a Dios que ya no llueva,
que el sol luzca en nuestros prados
y que los trigales crezcan
verdes, hermosos, granados.

Protege nuestras cebadas,
nuestras huer tas y naranjos;
libra de toda desgracia
a ovejas, cabras y asnos,
a vacas, bueyes y toros,
a cochinos y a caballos.
Tienes hoy, oh San Benito,
un Mayordomo de rango,

hombre bueno y generoso,
que además es Boticario,
y que tiene por buen nombre
Don Pedro Plasencia Lancho.

Don Pedro, mi buen amigo,
desde aquí le pido al Santo
que te colme de venturas,
que te cobije en su manto,

y que sobre tu familia
y los que te son amados
derrame todas las gracias
y os tienda siempre la mano.

A ti, Vicenta Plasencia,
esposa del Boticario,
y a tus hijos y a tu hija,
pido que bendiga el Santo.

José Pedro, José Pedro,
estudiante aprovechado,
que San Benito te ayude
a ser pronto Boticario.

Y a ti, Vicente Plasencia,
buen tocador de piano,
si al Santo rezas con fe
tocarás a cuatro manos.

Y tu, Jesús, gran tunante,
que te precias de cristiano,
no hagas chillar a tu madre
ni la disgustes en vano.

Y quedas tu, Mari Loli,
el capullo más galano;
San Benito te proteja
y te tenga de su mano.

Oh, Glorioso San Benito;
un momento, con tu venia,
saludaré a otras personas
distinguidas de esta tierra.

A nuestro amado Rector
de la Iglesia, Don Benito,
en el día de su Santo,
cordialmente felicito.

Consérvale muchos años,
para que pobres y ricos
gocemos de su presencia
y su paternal cariño.

No quiero pasar por alto
este momento de prueba
sin saludar al Alcalde,
constructor de calles nuevas,

Sixto Salas, al que quiero
como se quiere a un amigo,
y al que tuve en otros tiempos
como cercano vecino.

Oh, Glorioso San Benito,
procura que ya no llueva,
que están de barro las calles
que no hay quién pase por ellas.

Cañaveral ya no es pueblo,
que es una gran población;
tiene alcalde con agallas
y calles en construcción.

Y no os quiero cansar más,
ni quiero cansar al Santo;
no quiero que luego digan
que el loero es un pelmazo.

Pido a todos mis paisanos
que contesten a mi grito:
¡Señoras, Señores, todos:
Viva siempre SAN BENITO!

Loas a San Benito



3ª Loa a San Benito - 1957

José María Hercilla Trilla. Cañaveral, Romería de 1957

¡Oh, glorioso San Benito!,
Patrón de los labradores.
De nuevo nos encontramos:
TU, en andas, y yo en balcones.

De Moraleja he venido
hasta este viejo balcón,
donde en años anteriores
Don Felipe, Emigdio y yo,
te hemos loado los tres
con tanta fe y devoción.

Don Felipe ya no sube
a obsequiarnos con su voz;
mi buen Emigdio, aunque tarde,
hace poco se casó
y su mujer ya no quiere
verle subido al balcón.

Por eso me encuentro solo,
al no estar los otros dos
que te loaban conmigo
en esta santa ocasión.

San Benito, San Benito,
TU no sabes que emoción
tienen hoy todos tus hijos
que han ido a la Procesión.

Eres Santo milagroso,
pues en tu fiesta anterior
salvaste a veinte criaturas
caídas de un malecón.

Aquello fue un gran milagro,
-no lo queráis negar, no-;
las vidas de aquellos niños
San Benito las salvó,
pues es cosa archisabida
que quién cae de un malecón
ha de romperse la crisma,
y a nadie se le rompió.

Por eso, aquellos zagales,
en muy noble emulación
se unieron agradecidos
y Mayordomos hoy son.

Y hay que ver que Mayordomos,
San Benito de mi amor;
lo mejor y más granado
de cada casa o mansión.

Hay niñas como capullos
de un rosal en floración;
magníficas mujercitas,
bellas promesas de amor.

De los zagales, no hablemos;
de variada condición,
peso, color y estatura,
arrogancia, planta y voz,
todos tienen de común
un hermoso corazón,
que agradecido agradece
a nuestro Santo Patrón
aquel milagro bendito
que hiciste en el malecón.

Oh, Carmina Bernabela;
Tú, Jacinta; y Emilita,
Eloisa, Lile y Tere,
Angeles, Blanqui y Goyita

¡Qué ramillete lozano
de juventud y alegría,
de bondad y buen humor
y fragante simpatía!

Y vosotros, zagalones,
Mayordomos de este día:
Leoncio, Gonza y Antonio
y Paco Fotografía;
Bernabé, Pepe y Pablito,
Julio «el largo», y además
ausentes Julián y Emilio,
«presentes en nuestro afán».

San Benito os agradece
este rasgo de piedad
y siempre os tendrá presentes
y nunca os olvidará.

EL os salvó porque siempre
le tuvisteis devoción;
por ser buenos y juiciosos,
EL os dio su protección.

Y aunque pudisteis mataros
al caer del malecón,
todos salisteis ilesos
y Emilia con un chichón.

¡Oh, glorioso San Benito,
los Mayordomos que hoy son,
serán siempre los devotos
hijos de tu corazón.!

Yo también, glorioso Santo,
en esta santa ocasión,
te agradezco vivamente
el no ser ya un solterón.

Gracias te doy, San Benito,
gracias por tu intercesión;
logré a la que yo quería
y pasé a vida mejor.

Antaño, los dos loeros,
-Emigdio y un servidor-,
éramos dos solterones,
aburridos ya de «tó»;
Emigdio me dio el ejemplo
y un buen día se casó.

Yo no quise ya ser menos;
me casé y me va mejor;
por eso te lo agradezco
con todo mi corazón,
por hacer otro milagro:
El milagro de mi amor.

Y puesto que, San Benito,
ya de milagros se habló,
pedimos otro milagro
y no milagro menor.

¡Haz que llueva, San Benito!
Mira que la granazón
de los trigos y cebadas
va a ser una perdición;
que están los campos perdidos
con hacer tanta calor,
y los sembrados se agostan
con facilidad atroz.

(... sigue)

Loas a San Benito

Haz que llueva un poquitino,
sin tormenta o ventarrón;
que los sembrados revivan
y den el grano en sazón.

Ya sabes TU, San Benito,
que aquí, todo labrador
es hombre bueno y honrado
y te tiene devoción.

Todos, a tus plantas vienen
a postrarse en oración,
a suplicar tus favores
e implorar tu protección.

«ORA ET LABORA» es su lema,
y al trabajar con ardor,
mientras cogen la mancera,
ponen en TI el corazón.

Protéjeles, San Benito,
con un milagro de amor,
lloviendo sobre sus campos
hasta lograr la sazón.

Perdonadme, mis paisanos,
que aproveche la ocasión
y también le pida al Santo
que proteja un santo amor.

A Amalita y José Luis,
San Benito milagrón,
prodígalos tus favores
y bendíceles su unión.

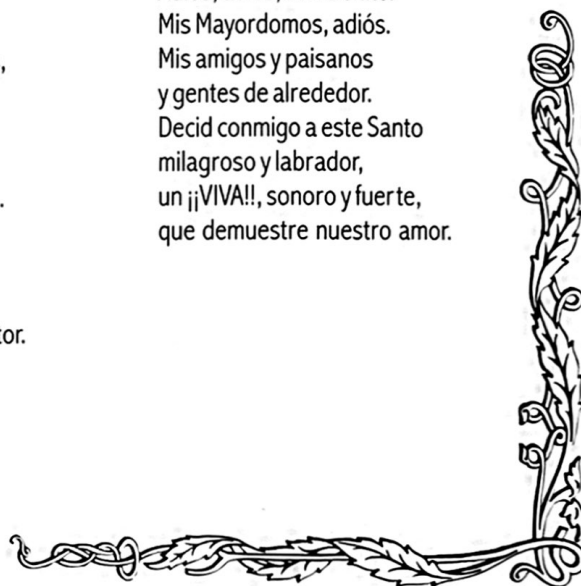
Haz que sean muy felices
y al subir al avión
para marchar a otras tierras,
no olviden este rincón.

No os impacientéis, amigos,
que pronto acabo el sermón.
Quiero que todos conmigo
al Santo, de corazón,
pidáis que proteja a aquél
que es nuestro Padre y Mentor.

Me refiero a Don Benito,
que es el Párroco mejor
que jamás hemos tenido
y al que felicito yo.

Que el buen Santo le conceda
larga vida y protección,
y que sea muchos años
nuestro ejemplo y dirección.

Adiós, adiós, San Benito.
Mis Mayordomos, adiós.
Mis amigos y paisanos
y gentes de alrededor.
Decid conmigo a este Santo
milagroso y labrador,
un ¡¡VIVA!! , sonoro y fuerte,
que demuestre nuestro amor.





San Benito

Pregón "San Benito 2002"

José María Hercilla



Señoras, señores, señor párroco, mayordomos de hogaño, queridos paisanos y amigos:

Observo algunas caras a las que asoma como un gesto de asombro, de extrañeza incluso, como preguntándose al verme: ¿Quién será esta reliquia de hombre que han elegido para Pregonero de estas Fiestas de San Benito?

Creo, por ello y sobre todo para dejar en buen lugar a los organizadores de este acto, que debo aclarar y disipar esa duda, que no en balde hace tres cuartos de siglo que nací en este pueblo y casi cincuenta años que perdí esta vecindad. Quien ahora os habla, aunque os parezca imposible, fue un niño, sí, un niño que nació en Cañaveral, en la primera planta de una casita levantada a los pies de esta misma Iglesia, la «casita del barco», construida por el maestro de obras Gonzalo de Castro, famoso él por sus obras y edificaciones y sobre todo por las originales chimeneas con que las adornaba. La chimenea de mi casa natal era un bonito barco hecho de ladrillo, airosamente erguido sobre su tejado, de ahí su nombre. Y en esta misma Iglesia, como casi todos vosotros, recibí las aguas del bautismo.

Mi padre había llegado a Cañaveral a mediados del año 1924, recién terminada su carrera de médico, todavía soltero. Casó ese mismo año y aquí, en Cañaveral, nacimos los tres primeros hijos. Queda claro, pues, que aunque quizá reliquia, por eso de la edad, lo que no soy es un extraño. Soy un cañaveraliego más, como vosotros, y me siento feliz al estar de nuevo, aunque sea por unas horas, en mi tierra, en mi pueblo, en mi calle, casi podría decir en mi casa.

No voy a presumir de que mi pueblo sea el mejor del mundo, ni el más importante, ni el más bonito, que puede ser que haya otros mejores. No soy chovinista. Pero con los pueblos pasa lo mismo que con las madres, que podrá haberlas más guapas o menos guapas, mejores o peores, más gordas o más flacas, más altas o de menor talla, pero a todas ellas se las quiere y adora por encima de todo, sin importarnos esos detalles, sin entrar a juzgarlas. A mí, con Cañaveral, me pasa lo mismo y siempre declaro, esté donde esté, que como mi pueblo, ninguno. Lo mismo que pienso de mi madre. Y no hace falta entrar en más detalles.

Estimo que con este prólogo hayan desaparecido los gestos de extrañeza, en cuanto referidos a ¿quién es esta reliquia de pregonero?

Queda por justificar la razón de mi presencia, el motivo de la elección de que he sido objeto, con la que me honro y mucho agradezco. No es que sea imprescindible la justificación, pero un deber de cortesía para con mis paisanos me obliga a ello. Estoy aquí porque se me ha invitado, eso está claro, pero ¿cuál ha sido el motivo de esta invitación?

En principio, entiendo que, de haberlos, cosa que dudo, pueden ser dos los motivos: El haber sido «loero» en tres Romerías, hace mil años, y el acendrado amor a mi pueblo, mantenido a pesar del tiempo y las distancias, pregonado a diestra y siniestra, con satisfacción y orgullo. Voy a explicarme.

El pasado 4 de febrero me llamó por teléfono nuestro paisano Isidoro Orovengua Fernández, que todos conocéis. Yo le conocía como

lector que soy de «Cañaveral informativo» y especialmente de su sección de «Recuerdos», a él encomendada. Al principio confundí su voz con la de un cuñado mío, en ocasiones dado a la zumba y chacota; por eso, al decirme Isidoro que quería hablar con don José María Hercilla Trilla, así de largo y prosopopéyico, creí que era mi pariente, hablando en chungu, y respondí secamente «Aquí hay un trozo». Supongo que mi interlocutor y distinguido paisano, al oírme el desplante, pensaría para sus adentros «este hombre es un majadero; vaya forma de contestar a una llamada». Pensara lo que pensase, como prudente y educado que es, guardó su pensamiento y siguió hablándome como si lo hiciera con una persona enteramente normal, presunción que debo agradecerle pues no deja de ser un tanto aventurado mantenerla. Que Dios se lo pague. Y pasó Isidoro Orovengua a explicarme el motivo de su llamada, que no era otro que comunicarme que en Cañaveral, mi pueblo natal, intentaban mantener vivas e infundir -si cabe- mayor auge a las tradiciones locales, entre ellas la celebración de la romería de San Benito, instituyendo a tal efecto y en esa fecha una especie de premio anual, el San Benito del año, o «SAMBENITO» quizá, que se iría concediendo sucesivamente, año tras año, a aquellas personas que la Comisión de Festejos considerara merecedoras del mismo.

Entendí como muy oportuna y laudable tal idea, no en balde soy cañaveraliego y amante de esta romería y de sus loas, y así se lo dije, felicitándoles por ello y animándoles a seguir en tan noble propósito.

Creí, después de tal exordio, que la llamada era para invitarme a esta romería. No alcanzaba a entender por qué causa o motivo iba a invitármese, pero sin motivos ni merecimientos ya estuve invitado en otras muchas ocasiones y correspondí a dos de ellas asistiendo a las romerías celebradas en los años 1956 y 1957, en los que fui «loero» por segunda y tercera vez, respectivamente.

La primera vez que debuté de «loero» fue en el 1953, cuando todavía era yo vecino de Cañaveral y colmenero en ejercicio, actuando como tal en sustitución de la «loera oficial», la inefable Querela o Querelina, señora de inolvidable recuerdo, que hubo de dejar las loas por causa de sus lamentables fallos de memoria que la impedían seguir con el normal recitado de los versos, dando con ello lugar a situaciones cómicas que mal casaban con el acto semirreligioso, o por lo menos celebrado en honor a un santo, San Benito, y por frente a las puertas de la Iglesia Parroquial, en presencia de autoridades y del común de los vecinos. Los fallos de memoria (y hasta los de entendimiento) muchos oradores los suplimos recurriendo a la lectura de unas cuartillas o folios y a nadie le parece mal el ardid. Lo malo del caso de nuestra querida paisana «La Querela», probablemente, es que no podría acogerse a tal recurso y beneficio de la lectura; y ello no por ser quizás enteramente indocta en letras, -cosa entonces muy frecuente- sino tal vez por serlo en grado de tentativa «cum laude» o pudiera ser por estar ya mal de la vista para alcanzar la letra chica o -¿por qué no?- por tan sólo desconocer este socorrido recurso oratorio. De todos modos, de intentar «La Querela» suplir sus lagunas con letras postizas trabajosamente delectadas, quizás hubiera sido peor el remedio que la enfermedad. Yo, de todas formas, no quiero dejar pasar esta solemne ocasión sin rendir público homenaje a quien fue mi precursora y maestra.

Por eso, para salvar el mutis por el foro que hacía nuestra «loera» oficial, dejándonos ayunos de su arte y de sus loas, en aquel lejano año de 1953, en cónclave celebrado, creo que en la rebotica de Pedro

Plasencia Lancho, se habló de la posibilidad de mantener el recitado de una «loa» en la tradicional romería, próxima a celebrarse. Fueron Felipe Plasencia, hombre de extraordinaria simpatía y de muy grato recuerdo para mí, culto y de exquisitas maneras, secundado por Emigdio Plasencia, probo funcionario, -le recuerdo siempre atildado e impecablemente vestido-, hombre dado al verso, comedido en sus cosas y circunspecto en ademanes, fueron ellos quienes, como digo, desarrollaron la idea en germen. El primero se ofreció para salir al balcón desde el que se recitaban las loas, como orador telonero en la presentación del acto «loatorio» y el segundo no dudó en contribuir añadiendo algunas palabras sobre la loa y el «loero» debutante.

Faltaba encontrar éste: El «loero». Por ser yo el más joven del cónclave, tenía yo 26 ó 27 años, y sobre todo por ser además entonces (no sé si también ahora) persona de poco fundamento, que si lo hacía mal y quedaba en ridículo poco se iba a perder, todo hay que decirlo, fui el elegido para ejercer de «loero». Hay que reconocer que los tres fuimos osados; ellos, gente de orden ambos, al confiar en mí, sin tener otras pruebas de mi capacidad que mi informal estilo de vida de entonces, un tanto azaroso y como de librepensador, ajustado al sentimiento de semi-anarquismo moderado que me embargaba en aquellas fechas; y yo, igual de osado que ellos, al aceptar el encargo sin saber si sería capaz de salir adelante con el empeño, dejando en buen lugar a todos, desde mis padrinos y presentadores hasta al mismísimo San Benito.

Llegado el día, después del introito de Felipe Plasencia, decía Emigdio en mi presentación:

Pueblo de Cañaveral,
presento al nuevo «loero»
José María Hercilla Trilla,
a quien yo llamo «El Querelo»

Y seguía diciendo más adelante:

Es trovador de su loa,
poeta de cuerpo entero;
hay miel en su poesía...,
y no por ser colmenero.
Colmenas tiene en El Arco,
y poeta colmenero,
donde le falta un enjambre,
Pone un enjambre de versos.

Como Dios es bueno y misericordioso; como en mi actuación yo iba precedido y presentado por Felipe y Emigdio, mis valedores; como las gentes de mi pueblo justamente gozais fama de buenas personas; como San Benito algo ayudaría también, digo yo, lo cierto es que la primera loa, la de 1953, fue todo un éxito, no digo que literario, sino eminentemente popular, pues creo que fue como el punto de partida para la recuperación de algo que estaba a punto de perderse: La lectura de la loa al Santo. Algo tan sencillo, incluso tan pueril si se quiere, pero que formaba parte de la Romería como entrañable capítulo de ella, consustancial, indivisible del resto de los actos que se desarrollan a lo largo de este día festivo y cañaveraliego por excelencia. Una romería sin loa es algo incompleto, casi inconcebible, algo así como un guardia civil (de los de antes) sin tricornio, por poner un ejemplo decente, que escatológicos otros muchos hay.

En el año 1954, ¿o fue en el 1955?, yo me marché de Cañaveral. Bueno, esto no hace al caso ni viene a cuento de esta historia, pero en el 1956, siendo Mayordomos del Santo mis buenos amigos Pedro Plasencia Lancho y su esposa, Vicenta Plasencia Mora, fui invitado a la Romería de San Benito y en ella tuve el placer de recitar mi segunda loa.

La primera, la de 1953, estuvo dedicada al glorioso Santo, (con mención expresa de la hermana de éste, santa Escolástica, faltaría más); dedicada también a los sufridos labradores y a sus inciertas cosechas; a Antonio Pavón, que presidía la mayordomía colectiva y juvenil de ese año; a nuestro amado párroco Don Benito y hasta a La Querela, para quien pedía protección al Santo y decía así:

«Y protege a La Querela,
insigne recitadora,
con tan grande voluntad
como pequeña memoria.
Mira a ver si le concedes
que se acuerde de las loas
y que no le pase más
Lo de siempre: Que se corta».

Bueno, pues en esta segunda loa del 1956 se mencionaba al Santo, como era de rigor; también a los labradores, como era obligado; a los Mayordomos Pedro y Vicenta, con mención de sus cuatro hijos; a Don Benito y a mi dilecto amigo, vecino frontero de calle y entonces alcalde, Sixto Salas.

Fue en el siguiente año, el de 1957, cuando, estando yo recién casado, fui invitado de nuevo a la Romería de San Benito, a la que asistí con la misma alegría que me embarga siempre que piso mi tierra natal, redoblada en esta ocasión por ir acompañado de mi mujer, a la que deseaba mostrarle mi pueblo, sus buenas gentes y sus tradicionales fiestas. En esta tercera y hasta ahora última loa, como los Mayordomos eran un grupo de chicos y chicas jóvenes que en la Romería anterior habían sufrido un accidente, una aparatosa caída desde un malecón de la carretera, del que salieron ilesos, la loa hubo de referirse necesariamente a ellos y al «milagro» de su salvación. Por eso decía, refiriéndome al Santo:

«Eres Santo milagroso,
pues en tu fiesta anterior
salvaste a veinte criaturas
caídas de un malecón».
Las vidas de aquellos niños
San Benito las salvó,
pues es cosa archisabida
que quien cae de un malecón
ha de romperse la crisma,
Y nadie se la rompió».

¿Qué quiénes eran las criaturas accidentadas? En la loa quedaban enumeradas detalladamente, una por una y uno por uno. Todos los conocéis.

«Oh, Carmina Bernabela;
tú, Jacinta; y Emilita,
Eloísa, Lile y Tere,
Ángeles, Blanqui y Goyita»

Y seguía con los varones:

«Y vosotros, zagalones,
Mayordomos de este día:
Leoncio, Gonza y Antonio
y Paco Fotografía;
Bernabé, Pepe y Pablito,
Julio "el largo" y además
ausentes Julián y Emilio,
"Presentes en nuestro afán"».

Más adelante daba gracias al Santo por mi casamiento, recordando también a Emigdio que me había dado ejemplo, casándose poco antes que yo, ambos crecidos.

Yo también, glorioso Santo,
en esta santa ocasión,
te agradezco vivamente
el no ser ya un solterón.
Antaño, los dos loeros,
-Emigdio y un servidor-,
éramos dos solterones,
aburridos ya de «tó»;
Emigdio me dio el ejemplo
y un buen día se casó.
Yo no quise ya ser menos;
me casé y me va mejor;
por eso te lo agradezco
con todo mi corazón,
por hacer otro milagro:
El milagro de mi amor.

Mencionaba también a nuestros labradores, como no puede dejar de hacerse en una loa, pidiendo la lluvia para salvar la cosecha amenazada por la sequía; recordaba a Amalita Plasencia y su esposo José Luis, entonces recién casados y en Méjico; y terminaba saludando a don Benito y pidiendo al Santo que le protegiera y diera larga vida. Como Dios manda.

Que el buen Santo le conceda
larga vida y protección
Y que sea muchos años
nuestro ejemplo y dirección.

Hablando de Don Benito, a quien se intenta recordar en el busto erigido junto a nuestra Iglesia, acuden a mi memoria varias anécdotas, fruto de mis horas de convivencia con tan santo varón. Una es la de «Estás tonto, lelo y lo que te dije el otro día». Lo del otro día era «carajote». Otra es la de «¡Vaya sífide!», referida a una moza que nos cruzamos en la calle, al regresar de las clases matinales que impartíamos ambos en la Academia, caminando nosotros junto a Don Rafael Plasencia, el director-propietario de la misma. Otra es su sorprendente sentencia en torno a cómo resultaba más sabroso un pollo asado: «Junto con otro pollo». Inolvidable Don Benito. Queden estas humildes y sencillas palabras como homenaje a su memoria. Es una pena que su escultura, por muy bien hecha que esté, -cosa que no discuto a su autor-, no se parezca en nada al original que fielmente guardo en mi memoria.

Desde aquel lejano año de 1957, no he vuelto a ejercer de «loero». Han pasado 45 largos años, toda una vida, pero sigo recordando

aquellas Romerías como si fuesen cosa de ayer, bueno, o de anteayer, para que no me tildéis de exagerado.

Volviendo pues a la conversación telefónica mantenida con Isidoro Orovengua Fernández, en la que éste me hablaba de tales Romerías y de los propósitos que tenían en Cañaveral de revitalizarlas, no permitiendo que desaparecieran por el escotillón del olvido a impulsos de los nuevos tiempos y costumbres, me congratulé de ello y tuve la esperanza, a medida que le escuchaba, de ser invitado de nuevo a la próxima Romería, a ésta. Mi esperanza, amigos, fue desbordada por la realidad que se me ofrecía. Recordando mis paisanos aquellas viejas loas de los años idos, se me creía merecedor del galardón de este año, ese San Benito anual recién creado, preguntándoseme si podían contar conmigo para «colgarme el San Benito». Hube de turbarme necesariamente ante tal generosidad y ofrecimiento, que sinceramente no creo merecer, pero tampoco podía rechazarlo sin incurrir en descortesía manifiesta o grosería imperdonable. Acepté reconocido el San Benito. No podía hacer otra cosa. Aceptarlo, manifestar mi agradecimiento al comunicante y poner de manifiesto mis pocos méritos para que se hubiesen acordado de mí, puesto que ¿qué hice yo, salvo disfrutar, en aquellas Romerías, componiendo primero y recitando después en público aquellas loas eminentemente cañaveraliegas, horras de artificios literarios, populares en su forma y contenido, como correspondía a la «escuela quereliana o querelina» de que traían causa? Isidoro Orovengua quedó en escribirme, remitiéndome el programa de actos, que recibí transcurridos unos días. Gracias, amigos. A medida que se avanza en edad, más se agradecen estas muestras de amistad, sobre todo cuando son inesperadas, sorpresivas, insólitas incluso y además inmerecidas, como es mi caso. Gracias, repito.

Heme aquí, pues, de Pregonero comprometido y «encartelado». Malo será, me decía yo al recibir el cartel de fiestas, hace un mes, que no llegue a la fecha señalada en el mismo y pueda cumplir como los buenos, dando la cara y volcando el corazón ante mis paisanos. Es lo menos que se puede esperar de un Pregonero invitado: Que se vuelque, con la verdad en sus palabras. Que una cosa es volcarse por dinero, como tantos Pregoneros hacen, lanzando al aire ditirambos, que a hueco suenan desde el primer momento y ello por lo horros de amor con que se gestaron y se pronuncian, y otra muy distinta es pregonar aquello que realmente se siente y sobre todo se ama. Y si -por lo que fuere, que no es nuestro caso- no bastara pregonar ese amor, si fuere necesario probarlo, entonces debe demostrarse con hechos, no con palabras. Es aquí donde creo que, de haberse exigido tal probanza, pudiera aducir pruebas bastantes e incontrovertibles del amor que siento hacia mi pueblo natal.

Hubo unos años en los que firmé mis poesías y artículos, publicados en El Diario de Avila, con el seudónimo de «José María Cañaveral». Y así seguí firmando hasta enterarme de que había otro escritor que firmaba de igual modo, con lo que dejé de usar ese José María Cañaveral que tan querido me era.

En 1994 la Junta de Extremadura convocó, entre extremeños presentes o ausentes, un certamen de prosa y verso sobre temas extremeños. No soy dado a concurrir a Concursos, pero la singularidad exigida, es decir el ser extremeños los concursantes, me movió a presentarme con una breve poesía dedicada a mi pueblo y en la que

hacia patente mi orgullo de sentirme cañaveraliego. Quiso la suerte que la obra presentada fuera elegida entre otras varias y mereciera su publicación en un librito titulado «Extremadura en la distancia». Dice así:

SOY EXTREMEÑO (287)

Ya sé que a nadie importa, pero a mí me complace
confesarme extremeño.
Nací en Extremadura; Cañaver, mi cuna;
un lugar cacereño,
donde crece el naranjo, la perfumada lima
y el verde limonero.
Aunque vivo exiliado en la alta Castilla
de los largos inviernos,
no por eso me olvido de mi tierra y sus gentes,
de su clima y tempero...
Yo soy de Extremadura. Mi voz enamorada
así lo grita al viento,
y el aire la recoge, llevándola en sus alas,
volando, como un eco,
hasta morir dichosa entre la verde fronda
de mis natales huertos,
al pie de un palo-santo de hojas verde laca,
cargado de recuerdos.
Tal vez usted se ría, pero a mí me emociona
declararme extremeño,
y bendecir mi tierra, y revivir -soñando-
aquellos viejos tiempos
de mis años floridos, cuando me desbordaban
ilusiones y sueños,
cuando en Extremadura cuidaba mis colmenas
bajo los altos cielos
azules y radiantes, los mismos que hoy se encuentran
tan altos..., y tan lejos...

Ya tenemos, pues, dos pruebas del amor a mi tierra, a mi Cañaveral nativo. Falta la tercera. Recordando mis años extremeños, recogí en un libro todas mis poesías escritas en Cañaveral o escritas en el exilio pero pensando en Cañaveral. Las primeras, unas cincuenta, son obra de juventud, y alcanzan desde 1947 a 1951; las otras, las segundas, están escritas entre 1978 y el año 2000, años en los que este cañaveraliego había rebasado la cincuentena y caminaba apresuradamente hacia los tres cuartos de siglo actuales que lleva a las espaldas. Son -estas últimas que digo- poesías llenas de recuerdos y añoranzas, es decir de aquello que nos ayuda a sobrevivir, sobre todo a medida que el tiempo avanza y la meta se avecina. ¿Hay algo más triste que la carencia de recuerdos, que la ausencia de raíces, que el alejamiento de tu cuna? Reflejo esta creencia en una de mis poesías, la titulada «NO FUI EN MIS ALBORES...», que dice así:

No fui, en mis albores, apenas otra cosa
que un diminuto cuerpo;

al llegar a esa edad en que ya se razona,
fui cuerpo y fui cerebro;

después de algunos años, al crecer y ser hombre,
yo fui yo y mis proyectos;

al cabo de los lustros, tras mucho haber vivido,
ya soy yo y mis recuerdos...

(El día de mañana, enamorado polvo
vibrando en el silencio.)

En otra de ellas, «CAÑAVERAL LEJANO», del año 1993, envuelto en las nostalgias del recuerdo, digo así:

Exiliado me encuentro de tu vera,
llevado por los hados o el destino,
mas nunca me he olvidado del camino
de regreso a tu verde primavera.

Si añorándote vivo, bien quisiera
un día reintegrarme peregrino
a mi tierra natal, la que adivino
cual oasis de paz, que en paz me espera.

Cañaver, dormido en la distancia,
renace en mi memoria cada día;
recuerdo ilusionado la fragancia
de tu azahar y el rumor de mis colmenas...
Tu recuerdo me colma de alegría
Y, soñando con ti, se van mis penas.

En otra, ésta del año 2000, siempre recordando Cañaver, vengo a decir, entre otras cosas:

¡Adios, Extremadura!
No he podido olvidar te
en mis años de ausencia,
y siempre te he tenido
presente, cual si fueras
la Tierra Prometida
con la que el hombre sueña,
esperando algún día
poder de nuevo verla.

Perdida la esperanza de poder realizar esa ansiada vuelta, añado que:

.... me hubiera complacido
regresar a mi tierra,
aunque tan sólo fuese
para morir en ella,
y allí, junto a El Arquillo,
del monte en la ladera,
dormir el sueño eterno
oyendo mis colmenas.
Mi corazón, abono
del campo en primavera,
en flores germinado,
daría a las abejas
el néctar de sus mieles,
Lo suave de su cera.

Recordando aquellos paseos vespertinos, carretera adelante, muchas veces acompañado de mi dilecto amigo Amalio Plasencia, decía en otra:

Por la carretera viene,
por la carretera va,
la carreta de mis sueños,
que carreteando está.
Carretera, vieja amiga
de tan grato pasear
en las tardes de verano,
solo con mi soledad,
forjando sueños de gloria
que yo soñaba alcanzar.
Carretera de mi pueblo,
¿cómo no te he de añorar?
Yo tenía veinte años.
¡No sé los que tengo ya!
Carretera inolvidable
de mi buen Cañaverál,
donde el carro de mis sueños
se solía desbocar.
La carretera allí sigue.
Los sueños... ¿dónde estarán?

Presentadas ante ustedes, mis queridos paisanos, algunas pruebas de mi amor a nuestra tierra, y allegadas igualmente aquellas tres lejanas loas de los años 1953, 1956 y 1957, con las que pretendimos un grupo de amigos mantener vivas nuestras tradiciones romeriles, a punto entonces de extinguirse, recogiendo la mortecina antorcha de manos de nuestra inolvidable «Querela», creo que ello es lo que quizá pudiera justificar -aunque sea remotamente, muy remotamente- el honor que hoy se me hace al colgarse el primer SAMBENITO que ha instituido esta culta Cofradía que ha tenido a bien acordarse de mi nombre. En conciencia creo que son los únicos méritos en mí valorables: Amor constante a mi pueblo y devoción a sus usos y costumbres, luchando contra el paso del tiempo y salvando las distancias que de Cañaverál me separan.

Como véis, este «pregonero» improvisado os ha abierto su corazón, que aunque algo averiado por la edad- sigue latiendo con la misma ilusión que en sus años mozos, cuando subía y bajaba la calleja de los Bolos, a grandes zancadas, sin esfuerzo alguno, de camino o de regreso de sus colmenas en El Arquillo, hace de esto casi mil años, aunque a mí me parezca que fue ayer.

Este pregonero pudo hablaros de San Benito y cómo no- también de Santa Escolástica, su piadosa hermana gemela, pero cree más acertado dejar esa parte de su pregón a la más autorizada voz de nuestro Párroco, que sabrá resaltar en el momento oportuno lo más adecuado y procedente de la vida del Santo que hoy festejamos. Aquí sí hay que decir aquello de «doctores tiene la Santa Iglesia» para que los profanos vengamos a invadir campos ajenos.

Sin embargo no me resisto a recordar alguno de los milagros de San Benito. El primero, la recomposición de un vaso de barro que había pedido prestado la nodriza del santo, vaso que se hizo trizas al caerse al suelo y que Fray Benito volvió a su anterior estado por medio de la oración, para evitar el llanto y disgusto de la buena mujer. El segundo, consistió en que otro vaso, éste con vino, que le entregaron para envenenarlo sus propios frailes, descontentos éstos con la dureza de

vida que el santo les exigía seguir en el Monasterio, se rompió en pedazos ante la bendición de Fray Benito, su abad. El tercer milagro es la profecía que en el año 543 hizo al rey godo Totila, al que predijo que moriría pasados nueve años, lo que así sucedió. El último milagro conocido, del que hemos sido testigos, lo loamos nosotros en 1957 y fue la salvación de aquellos 19 muchachos cañaveráliegos «caídos de un malecón» en la Romería celebrada el año anterior y que no se rompieron la crisma -eso es evidente- gracias al Santo..

De la famosa Regla benedictina, de un centenar de páginas, dividida en 73 Capítulos, cabe destacar su mandato de que los monjes «trabajen por sus manos», especialmente en el campo, porque -dice- «entonces serán verdaderamente monjes, si vivieren del trabajo de sus manos», aunque añade a continuación, pensando en los de pocos arrestos, que «hágase todo con moderación por los de poca robustez», sabedor de lo duro de esos trabajos. Con estas recomendaciones no extraña que sea San Benito el patrón de los labradores, que mejor no lo habían de encontrar éstos en toda la corte celestial. De todos es conocido el lema de la Orden: «ORA ET LABORA». Reza y trabaja. No hay cosa más sensata. El pueblo llano coincide en ello y transforma el mandato que nos impuso el Santo en el aforismo o apotegma refranero de «A Dios rogando y con el mazo dando».

Y no quiero extenderme más, ni cansaros con un pregón inacabable, que otras cosas hay que hacer de más envidia que oír mis palabras emocionadas. Como digo en otra poesía, refiriéndome a mis historias:

Son recuerdos de un viejo. No hagáis caso de estas cosas que digo, estas bobadas que a nadie le interesan pues no tienen -excepto para mí- gran importancia.

¡Hace ya tantos años que pasaron, que no sé como puedo recordarlas, mas es lo cierto que a pesar del tiempo no sólo las recuerdo así de claras, sino que, cada vez que así lo hago, el alma se me llena de añoranzas!

Sólo me queda por expresaros el agradecimiento, sincero, cordial -como del corazón salido-, a todos vosotros, mis paisanos, por el honor que me habéis hecho al acompañarme en este acto de «colgarme el SAMBENITO» del año 2002, distinción que llevaré con orgullo, como si se tratase de un Toisón de oro, y daros gracias también por la paciencia que habéis tenido al escucharme.

Autoridades, señor Párroco, Mayordomos, Organizadores, amigos todos de este mi pueblo de Cañaverál, que tan metido llevo dentro de mi corazón, ¡MUCHAS GRACIAS! ¡MUCHÍSIMAS GRACIAS!

Y ahora gritad conmigo:

**¡VIVA CAÑAVERAL!
¡VIVA SAN BENITO!**

José María Mercilla Trilla
Cañaverál, 31 de Marzo de 2002,
vísperas de la Romería de San Benito.

Interrogatorios de la Real Audiencia

Partido de Cáceres 1790 • Cañaveral (sobre San Benito)

"No hay cofradía con alistamiento formal de cofrades, mas que la de la Vera-Cruz, en que están alistados casi todos los vecinos, su instituto es asistir a los entierros de los cofrades y su renta de quatrocientos reales, que se invierten en funciones y toma sus cuentas el cura. Las demás cofradías son administradas por sus mayordomos, que nombran el concejo y el cura, y en algunas los que dejan de serlo, como son la del Santísimo que tiene trescientos reales, Nuestra Señora de Cabezón que tiene un cercado y un huerto, que todo redituara doscientos reales, San Roque que tendrá ciento y cinquenta en censos, la de San Benito que tendrá quarenta reales en los mismos y las Animas que tendrá como mil ochocientos reales en censos y limosnas, que se distribuyen en misas y si se redime algún censo se deposita su caudal en el archivo de la parroquia.

Hay siete hermitas en el termino del pueblo, las cinco en el mismo y sus inmediatos y dos en despoblado, de aquellas dos tienen alguna renta, que consiste en censos, la de San Roque ciento y ochenta y tantos reales, toma las cuentas el cura; la del Cristo del Humilladero tiene corta renta, que administra el párroco y toma las cuentas el concejo; las de San Juan, Nuestra Señora de Consolación y los Santos Martires no tienen

renta; la de San Benito dista una legua del pueblo, tendrá de renta poco más de cien reales, se va en procesión a ella el día del santo, pero por su situación sirve solamente de choza de pastores, que sino pueden entrar por la puerta rompen el tejado y sería conveniente demolerla y quitar la imagen; la otra hermita en despoblado está en dehesa de dueño temporal, se titula Nuestra Señora de Cabezón, junto a una rivera de este nombre a distancia de una legua y el sitio es muy frecuentado de los vecinos, que tienen allí molinos y huertas, y se halla con alguna decencia, tiene casa el ermitaño y reside allí mucha parte del año. En cinco de estas hermitas hay ermitaño, que nombran el concejo y el cura, y a veces el conde, y su renta es la limosna que pueden recoger.

La tradición de que en la Dehesa de Monrrovel hubo antiguamente población y que la Hermita de San Benito que existe en ella era la parroquia, pero que sus moradores se trasladaron a este pueblo y calle que hay del mismo nombre de Monrrobel, y no se descubre ventaja en que se volviese a poblar, bien que siempre lo sería que los colonos se hallasen más cerca de la labor."

Asamblea de Extremadura

Proyecto de creación "Colgar el Sambenito"

Los/as Mayordomos/as de San Benito 2002, en nuestro deseo de realzar la figura del Santo y las fiestas que se celebran en su honor, acordamos crear, con ánimo de continuidad la figura del "SAMBENITO".

Este galardón estaría destinado a reconocer la labor de todas aquellas personas a favor de San Benito y su fiesta, y/o la de todos aquellos que hubieran realizado importantes servicios a la comunidad o hayan contribuido al reconocimiento de Cañaveral dentro del entorno regional, nacional o internacional.

La cuelga del galardón se haría la víspera de la romería, estableciéndose que durante el acto sea pronunciado el pregón. Éste podrá ser dicho por

el galardonado u otra persona que sea elegida para este acto por los/as Mayordomos/as.

Nuestra propuesta fue elevada al Presidente de la Cofradía a quién le pareció bien la idea, así como el nombre de la persona que pensábamos reunía las condiciones para "colgarse" el primer SAMBENITO.

Las normas ya más perfeccionadas para años sucesivos, habrá que desarrollarlas, pero nos gustaría que la filosofía que se impusiese no variase de las plasmadas en este breve documento.

Mayordomos 2002

Pregonero de San Benito y "Sambenito" 2003: Propuesto D. Teresiano Rodríguez Núñez, director del Periódico Hoy, en escrito dirigido a la Junta, acepta gustosamente ser Pregonero 2003, transmitiendo un gran cariño hacia Cañaveral



JUNTA DIRECTIVA EN FUNCIONES

Presidente: Jesús Egido Marín
Vicepresidente: Benito Fondón Villar
Secretario: Alejandro Valiente Rivero

DIRECTOR ESPIRITUAL

D. Carlos Simón Vázquez
Cura Párroco de Santa Marina de Cañaveral

Mayordomas/os 2002

Blázquez Marín, Oren
Fernández Mailló, Sebastián
Fernández Sánchez, Ana María
García-Plata Quirós, Rafael
Lourtau Llanos, María del Pilar
Miguel Martín, Claudia
Orovengua Fernández, Isidoro
Valiente Rivero, Alejandro